

MAURICIO BEUCHOT, *La hermenéutica en la Edad Media*, México, UNAM, 2012, 245 pp.

Una advertencia muy atinada abre esta nueva entrega de Mauricio Beuchot: no se trata de presentar toda la hermenéutica medieval sino sólo algunos modelos o paradigmas de la hermenéutica medieval cristiana, en sus aspectos bíblico, teológico, filosófico y jurídico. La selección del autor es perfectamente comprensible, puesto que los elegidos, si no son todos, sí seguramente son los más importantes hermeneutas del medievo, sobre todo en el ámbito filosófico-teológico.

Comenzando por la época patrística, luego de una breve presentación de la exégesis alegórica, en general, el autor se detiene -como era de esperar- en Orígenes Alejandrino. Si bien, advierte, no fue propiamente el introductor de la exégesis alegórica en el ámbito cristiano (puesto que ya se había iniciado en ella Clemente Alejandrino, siguiendo los pasos de Filón), sin duda es el autor en que ella se desarrolla a pleno, especialmente en el cuarto libro de su *De principiis*, dedicado a la Sagrada Escritura y su interpretación. Luego de una breve referencia a Juan Casiano, Beuchot aborda el método alegórico del Pseudo-Dionisio.

Como culminación de la época patrística, pero en la Latinidad, se presenta a San Agustín, cuya dialéctica se califica como inflamada (ardorosa) deteniéndose especialmente en las relaciones entre historia y alegoría, para terminar con algunas consideraciones sobre la actualidad de la hermenéutica agustina y un replanteo del interés en los cuatro sentidos bíblicos, pero desde el plano metafísico, donde campea la analogía como base real y cognitiva de todo sentido alegórico.

Sigue el repaso histórico, dando un salto, con un representante neto del Renacimiento Carolingio: Juan Escoto Eriúgena, señalando también que en su labor de traductor (especialmente en el caso del Pseudo-Dionisio) desborda la traducción literal (es decir, el texto original) siendo, más que un *interpres* (traductor literal) un *expositor* (comentador o exégeta en sentido pleno). Por otra parte insiste en el carácter alegórico o simbólico de los textos bíblicos, procurando siempre una lectura espiritual. La tarea hermenéutica del Eriúgena permea toda su obra, especialmente la teológica, en cuanto mediante ella (y usando todos los recursos teóricos a su disposición, sobre todo los lógicos) intenta desentrañar el sentido de la Escritura para llegar a una mejor comprensión del misterio. Aunque no lo dice tan

expresamente, queda insinuado que, en este aspecto, su objetivo ha sido mal interpretado, dando origen a condenaciones apresuradas.

Luego de otro salto de siglos, llegamos a San Anselmo, en cuyo pensamiento se conjugan hermenéutica y dialéctica (en cierto sentido como en Eriúgena). El rasgo fundamental de Anselmo, por otra parte, es su interés apologético, puesto que busca, en medio de la notable polisemia bíblica, los elementos que le lleven a comprender lo que cree, conforme su célebre fórmula. Y como que la Biblia nos invita a investigar las razones de nuestra fe, ella debe ser el primer y principal destinatario de toda hermenéutica. De ella extrae las ideas que luego desarrolla en forma teórica, en su célebre argumento para probar la existencia de Dios. Pero al mismo tiempo que afirma los derechos de la razón en estos empeños, se preocupa por señalar sus límites, dejando siempre el camino hacia el mística, que toca de lleno el misterio.

Un siglo después de San Anselmo, Hugo de San Víctor, de la Escuela homónima, nos presenta la cuestión de la hermenéutica bíblica como una tensión entre el sentido literal y el simbólico. Pero esta tensión no obsta al reconocimiento de la omnipresencia alegórica, porque cualquier lenguaje puede ser interpretado alegóricamente, en tanto es polisémico. Hay pues, un sentido literal, que no niega, pero que no constituye todo -y a veces ni siquiera lo más importante- del sentido de un texto. De ahí la función irremplazable del hermeneuta.

Al mismo siglo pertenece Guillermo de Saint-Thierry, monje cistercense que sigue de cerca de San Agustín y también a San Bernardo aunque, según Beuchot, se lo ha asimilado demasiado a este último, siendo que su doctrina difiere en ciertos aspectos importantes. El análisis se centra en la Carta a los monjes de Mont-Dieu (1145), una especie de tratado sobre la vida monacal, que se basa en numerosos pasajes de la Escritura convenientemente interpretados. Por eso explica la importancia de la *lectio*, que debe culminar en *oratio*, todo ello con buena voluntad y santa intención. Su *Comentario al Cantar de los Cantares*, nos dice Beuchot, es un ejemplo práctico de su propio método exegético, que parte del sentido literal para acceder, mediante él, al espiritual.

También perteneciente al fecundo siglo XII, ahora en la Escuela de Chartres, Thierry, que fue su escolarca por un decenio, es uno de los mejores representantes de la tendencia humanista y platonizante de la Escuela. Se plantea las relaciones entre retórica y hermenéutica, poniendo el acento en la cuestión de la *intentio auctoris*, así como los argumentos razonables de que debe valerse la interpretación.

Beuchot reserva un capítulo a Joaquín de Fiore, lo que parece muy oportuno puesto que su obra, leída casi siempre desde el cargo de heterodoxia teológica (y desde el uso excesivo y herético del siglo posterior) no suele ser analizada desde esta perspectiva. Sin embargo, el Abad fue uno de los mejores hermeneutas de la historia, luego de San Agustín, cuyas huellas en cierto sentido sigue, fundamentalmente en su proceso de simbolización del pasado.

El siguiente capítulo se dedica a las glosas y sumas de la transición entre los siglos XII y XIII, que en general insisten en la distinción entre lo simbólico y lo literal, estableciendo distinciones y matices que enriquecen la temática. Llegamos así al siglo XIII, dando primeramente un lugar a San Buenaventura y su hermenéutica ontológico-poética, como la denomina Beuchot, en la cual se conjugan la visión del mundo y la del Libro, como un Itinerario que lleva al mismo término, Dios. Analiza Beuchot los dos métodos hermenéuticos del Seráfico, *reductio* y *proportio*, métodos que le permiten conjugar la tradición y la innovación.

A continuación, la exposición de Santo Tomás de Aquino, en quien el propio Beuchot basa su teoría, lo muestra como quien mejor ha visto la conexión entre la hermenéutica y la analogía, justificando así su propia posición acerca de la hermenéutica analógica como más completa que otras, con sesgos reduccionistas. En esta misma línea de interés no podía omitirse al Meister Eckhart, cuya hermenéutica mística y metafísica tiene punto de partida en la obra del Angélico, pero que acentúa (tal vez con exceso) la vía negativa. A la inversa, Raimundo Lulio, a quien se dedica el siguiente capítulo, presenta una hermenéutica parabólica, como denomina Beuchot a su combinatoria.

Pasando a otras vertientes, Beuchot se refiere a la obra de Juan Gerson, calificando a su hermenéutica como nominalista contemplativa, lo que explica con las propias palabras del filósofo, en cuanto expresa que desea concordar la teología escolástica con la mística. El último trabajo es el único que se refiere a la hermenéutica jurídica: el canonista Juan Alfonso de Benavente (profesor de Salamanca en el siglo XV) en cuyo análisis de la obra de Graciano se exponen teorías y criterios de hermenéutica jurídica de interés.

Cierra el libro una breve texto con conclusiones, donde Beuchot sintetiza lo común a todos los pensadores vistos: para los medievales, la comprensión de la palabra de Dios contenida en la Escritura es el punto de partida y de llegada de todo

conocimiento (incluyendo el del mundo) pero es a la vez una hermenéutica ligada a la vida interior y a la oración. En el Apéndice propone un nexo entre esta hermenéutica estudiada y su propia propuesta de hermenéutica analógica. No puede decirse con justicia, sin embargo, que el autor ha expuesto todo lo anterior para llevar agua a su molino. Al contrario, se trata más bien de que el lector aprecie, luego de una juiciosa lectura, que muchos de los problemas y/o limitaciones de las ideas presentadas pueden ser superadas por la nueva propuesta, algo así como quien se ha subido a hombros de gigantes y por eso ve mejor.

Celina A. Lértora Mendoza